

me privará de la vista de tantos delictos. Me separo del infierno y de sus perversos habitantes, para entrar en el seno de Dios y de mi esposo. »

El acusador público leyó su pedimento fiscal, y concluyó pidiendo que la acusada fuese condenada á muerte. Pronunció el presidente la sentencia, y al decir *pena de muerte*, se oyó un sordo murmullo entre los espectadores. La reina no mudó de color ni perdió su serenidad; y solamente á las palabras *conspiracion contra el estado*, soltaron sus labios cierta sonrisa de indignacion. El concurso guardó entonces el mas profundo silencio.

El tribunal mandó que volviese á su prision la reina, la cual se levantó, atravesó la sala con velocidad, bajó otra vez á la Consergería, y sin que se le escapase una palabra ni una mirada, entró en su cuarto, donde su primer pensamiento y la primera ges-

tion, fué ponerse de rodillas, para ofrecer al Señor el suplicio que le acababan de imponer. Al hallarla en esta situacion, señora, le dije, V. M. desamparada por los hombres, busca en el seno de la divina misericordia las fuerzas que necesita para terminar el sacrificio. Los ausilios de la religion, y la presencia y voz de su ministro, pueden aliviar mucho vuestra dolorosa suerte. Pagád ahora á la naturaleza que padece, y á la frágil humanidad, el tributo de flaqueza que le debe toda criatura. Llorád, señora, que nunca pueden deshorrar las lágrimas que se derraman por los propios hijos: el primer afecto que ha impreso Dios en nuestros corazones, ha sido el deseo y el cuidado de nuestra conservacion. Si es pues siempre terrible el momento en que nos separamos de esta vida, aun cuando una avanzada edad ó los continuos acha-

ques están señalando su término, ¿qué será cuando es preciso dejarla á la mitad de su carrera, y en unas circunstancias, en que la naturaleza y la fortuna concurren á afianzar nuestra felicidad? Con todo, el Eterno ha señalado el término de la vuestra, por uno de aquellos incomprensibles decretos que debemos adorar, aun cuando nos hieren; y ha querido conducirnos al cadalso por la escabrosa senda de los infortunios, de las calamidades, del abatimiento y de los trabajos. No quiero inculcaros mas estas ideas, porque tengo harto conocida la grandeza de vuestro ánimo, y sé que no amancillaréis con infamias y bajezas ese noble carácter, que ha asombrado á la Europa y aterrado á vuestros enemigos, y que contemplaréis sin inmutaros la muerte, que es para V. M. el principio de una feliz y gloriosa vida. Todo acabó ya para V. M. : conside-

rád que es la mano misma del Todopoderoso la que corre el velo entre vos y el mundo; guardád un respetuoso silencio, y humillád vuestra cabeza á las disposiciones del Altísimo. —

Antonieta me dió las gracias, porque había formado y conservaba tan elevado concepto de su valor, y me prometió, que su porte no me haría mudar de opinion. Entónces se ofreció por su propio movimiento á hacer una humilde y sincera confesion de sus faltas en el tribunal de la penitencia. Me edificué al oirla, pues no era la proximidad de la muerte la que le causaba escrúpulos, recordándole su vida pasada, sinó que la encontré verdaderamente piadosa sin supersticion ni sistema, muy instruida en la moral evangélica, y apesadumbrada de los frecuentes extravíos á que la habían arrastrado su carácter, las preo-

cupaciones de la educacion y el fausto de la grandeza.

Así que concluyó, y que en nombre de Dios, que me ha hecho, su sacerdote y me ha dado sus veces, liberté á la real penitente de la prision de sus culpas, me entregó una bolsita que contenía algunas cartas suyas y de su familia, y varias apuntaciones acerca de los sucesos de su vida. De estos papeles he extractado los documentos justificativos de mi narracion: otros hay que no permite aun publicar la prudencia; pero lo verificaré cuando acabe de salir el sol de justicia, que ya asoma por nuestro horizonte. Sin embargo, quiero ántes de dar fin á mi historia, referir el testamento de Antonieta, que encontré sellado con un sobrescrito á mi nombre, y cuyas cláusulas he procurado cumplir en cuanto ha estado en mi mano.

A las cinco de la mañana del dia 25 tocaron llamada para reunir toda la gente que estaba sobre las armas, y colocaron cañones en las cabezas de los puentes, en los desembocaderos de las plazas, y en las encrucijadas de toda la carrera. La reina adivinó el objeto de estos preparativos, y lo dijo repetidas veces; mas sin dar muestras de alterarse.

No me pareció adecuado para el consuelo espiritual de una persona de su carácter y pensar, reproducirle en los últimos momentos ciertas oraciones, piadosas á la verdad, pero secas y áridas; y como juzgaba que debía ocuparla en meditaciones mas afectuosas, le leí algunos paságes del tratado de Platon sobre la inmortalidad del alma, varios capítulos de la *Imitacion de Jesucristo*, un trozo del elocuente sermón de Massillon acerca de la disposicion para morir, y el admirable

21.

himno que Milton pone en boca de los ángeles, cuando forman coro de adoracion y amor al rededor del Dios, cuyo poder y bondad están siempre glorificando. Este trozo, que es de los mas sublimes de la lengua y escritos ingleses, infundió en el espíritu de la reina tal quietud, resignacion y desprendimiento, que la presencia de los verdugos ya no le causó ninguna perturbacion.

Levantóse al verlos, se prendió en la cabeza un gorro con mucho esmero, se puso al cuello un gran pañuelo, y salió, siguiéndola yo inmediatamente, y los verdugos detras de toda la comitiva.

Encontró en el corredor, por el que se entraba á su cuarto, al gendarma, que por haberla delatado á los municipales, había ocasionado, ó acelerado al ménos, su proceso y sentencia. Paróse al verle, y se le encendieron los

ojos de indignacion; pero acercándome, acordaos, señora, le dije, de Jesucristo, que oró en la cruz por los mismos que le crucificaban. — Me miró, mudó de semblante, y dijo enterrecida al gendarma: Dios te perdone, como yo te perdono. — Y luego continuó vuelta á mí: Aun debía darle las gracias, porque ha puesto fin á mis trabajos; mas no me siento con fuerzas para rogar por él.

En un rincon del patio, donde se habían juntado muchos presos para verla pasar, divisó á la muger del alcaide, madama Richard, y habiéndola llamado por su nombre, le agradeció muchísimo la consideracion con que la había tratado, y le pidió se portase del mismo modo con todos los infelices, encargados á su custodia. Despues añadió: Diga Vd. á Michonis, á Toulan y á cuantos padecen por mi causa, que me voy de este

mundo con el mas vivo sentimiento por haberles causado su perdicion: su imágen y su memoria me acompañan en los últimos momentos, y espero tenerlos presentes aun despues de mis dias. — Se adelantó un poco para coger las manos á la alcadesa, y decirle con el acento mas patético: Madama Richard, si algun dia.... me horrorizo de pensarlo.... mas ahora todo es posible.... si algun dia trajeran á esta cárcel á mi hermana Isabel.... á mis hijos.... á mi desgraciado Carlos..... — No pudo pasar adelante, porque las lágrimas se lo impidieron; y así es que hizo un ademan espresivo, para acabar de suplicar á la afable alcadesa que favoreciese á su familia.

Como avergonzada de haber llorado, procuró recobrar su serenidad enjugándose las lágrimas. Saludó á los presos con magestad, manifestó su a-

gradecimiento á los porteros, y salió por fin de la Consergería, despues de haber recibido de todos las mayores pruebas de interes, y de haberles causado tanto sentimiento como admiracion.

Luego que abrieron las últimas puertas, vimos que un innumerable gentío, inquieto y alborotado, llenaba el patio, galería y escaleras de la cárcel, y la plaza que está delante. Cuando la reina subió en la carreta que se le había dispuesto, cesó el rumor, y empezaron á guardar silencio. Ataron las manos á la paciente, se puso á su lado el cura de Saint-Landry, clérigo constitucional, y yo seguí el lúgubre carruage.

Desde el tribunal de Justicia, que es de donde salió, hasta la plaza de la revolucion, en la que estaba el cadalso, ocupaban ambas aceras mas de treinta mil soldados, divididos en dos

filas. Las calles, plazas, puentes, ventanas y hasta los tejados estaban llenos de muchísimos espectadores de todas edades, sexos y estados, que ansiaban presenciar un acto, tan nuevo como deplorable. Resonaron luego por el aire sus imprecaciones y gritos, y se oían sobre todo los horribles alaridos de rabia y muerte, que daba una cuadrilla de mugeres desgreñadas, de mal talante, con los ojos encendidos, y embriagadas de sangre y de vino. La reina, sin hacer mérito de semejante furor, solo pensaba en las verdades fundamentales de la religion, que la alentaba en aquel duro conflicto, y cuya excelencia iba á experimentar en breve. Efectivamente, su espíritu, exento de las pasiones y afectos terrenos, parecía haberse ya desprendido del mundo para volar á su Criador.

Una hora tardó la reina en llegar frente del cadalso, y su vista le hizo

perder el color; pero se tranquilizó al instante, y recibió arrodillada la última absolucion del ministro que la asistía. Dentro de poco, le dije, princesa desgraciada, habréis coronado con un glorioso martirio la larga agonia que os hacen sufrir los tiranos. Dentro de poco los ángeles del Señor juntarán vuestra alma con la de vuestro augusto y bienaventurado esposo. — Téngame Vd. presente en sus oraciones, contestó, y no desampare á mis hijos.... Dios mio, recibid mi muerte en satisfaccion de mis pecados. — No bien hubo dicho estas palabras, se apoderaron los verdugos de la víctima; y miéntras que puesto de rodillas ofrecía su sangriento sacrificio en fervorosas oraciones, los repetidos gritos del concurso me manifestaron, que se había verificado el funesto fin de aquella terrible tragedia.

La tiranía, que despues de la muer-

te de Luis XVI procuraba aun disimular sus atentados, se entregó desde este punto á cometerlos sin reserva, sin utilidad y sin reparo: la abrasadora lava del volcan revolucionario cubrió el suelo de la Francia, é infestó á sus desdichados habitantes: los facinerosos ya no guardaron mas miramiento, y se propasaron á toda clase de escesos: los representantes del pueblo, la flor del senado, en que fundaba sus esperanzas la nacion, y los sugetos, conocidos por sus heroicas virtudes y sobresaliente ingenio, tuvieron de allí á poco la misma suerte que la reina, siguiéndolos los ciudadanos mas distinguidos.

Si espresase el nombre de algunos en particular, injuriaría á los que omitiese, porque todos fueron igualmente nobles víctimas de la proscripcion. Baste decir, que poco despues del asesinato de Michonis y de los municipales

pales compañeros suyos, y cuando el cuchillo de los tiranos se había ya ensangrentado en el venerable Malesherbes y su familia, me resolví á salir de Francia, donde no podía hacer ningun bien, y pasar á Inglaterra para reunirme con mis amigos; y no me atreví á volver á un suelo, manchado con todos los crímenes, hasta que trascurrieron algunos meses despues de la abolicion del horrible triunvirato, y que la inundacion de sangre humana empezó á disminuirse. Edwino se apartó de mi lado, para activar la negociacion que ha restituido á la libertad y á su familia la interesante huerfanita, que fué un tiempo objeto de su intempestivo amor, al que sucedió despues un respetuoso afecto de compasion. Desde aquella época vengo á pasar la vida, y á comunicar mis penas á los restos de las familias, asesinadas por la cuchilla de los Marios

y Silas, y á los huesos que encierra ese lúgubre asilo. Estos sepulcros me dan útiles lecciones, me enseñan á menospreciar las grandezas engañosas, los bienes caducos y los falsos deleites, y á no estimar mas que la virtud fundada en la moral y en la religion, y practicada sin vanidad. ¡ Así estas cenizas, que aun están calientes y rociadas de sangre y de lágrimas, instruyan á los magistrados en sus obligaciones, como me imponen á mí en las mias! La debilidad del monarca y el indiscreto amor propio de la reina han alentado á los conspiradores, y suministrado pretextos á los ambiciosos. Si los que gobiernan el estado en la actualidad, quieren verse seguros de los puñales de aquellos y de las maquinaciones de los otros, *sean justos*. De este principio, como de un fecundo origen, emanan, la benignidad que patrocina, la beneficencia que a-

nima, la severidad que atemoriza al delincuente, la clemencia que perdona las faltas, la templanza que despoja al vicio de su veneno, da mas realze á los atractivos de la virtud, y uniformando los sentimientos de los mortales, los conduce finalmente á la felicidad.

TESTAMENTO

DE MARÍA ANTONIETA.

(Documentos justificativos, núm. 22.)

» En el nombre de la beatísima Trinidad y de la santa Iglesia, católica, apostólica y romana, en cuya fe he nacido, vivo y protesto morir.

Hoy 5 de setiembre del año de nuestro señor de 1793, yo María Antonietta de Lorena, archiduquesa de Austria, viuda de Luis xvi, rey de Francia,